

MARIO VARGAS LLOSA EN EL CENTRO DE ESTUDIOS PUBLICOS*

Arturo Fontaine Talavera:

Bienvenidos al Centro de Estudios Públicos. Es para mí un gran honor y motivo de especial alegría poder acoger en nuestra casa del Centro de Estudios Públicos, esta tarde, a Mario Vargas Llosa.

Creo que desde sus obras iniciales, *La Ciudad y Los Perros*, por ejemplo, había en la escritura de Vargas Llosa una preocupación constante por el tema del poder y de la dominación. Esa inquietud se ha mantenido hasta sus obras últimas. En el caso de ese personaje tan alto y flaco que aparecía siempre de perfil, me refiero al Consejero de la *Guerra del Fin del Mundo* ese personaje que se ve envuelto en una lucha que mantiene su nobleza a pesar de la situación patética en la que se encuentra implicado. En “El Sertón” se confunden los enemigos, los adversarios debieran ser los aliados si fuese posible entender y se produce una indisoluble unión entre los elementos de ilusión y desilusión, fracaso y esperanza que están tan presentes en la historia de los pueblos latinoamericanos.

Diría que para muchos de nosotros las obras de Vargas Llosa han constituido una especie de mapa a través del cual hemos podido imaginar o vislumbrar los contornos de la lucha política difícil, conflictiva, turbulenta a veces, que nos ha tocado vivir en los pueblos que hemos nacido. Este autor que nos asombró con sus ficciones, hoy, un poco como si fuese un personaje que se recortara en el papel de la página, y se incorporara en el libro y

* Coloquio realizado el día domingo 20 de agosto de 1989.

entrara a caminar entre las líneas, protagoniza una aventura política inédita y se transforma en el cruzado de una lucha por establecer un orden democrático y capitalista “a la peruana” en un país cuya historia aparentemente, al menos, está muy lejos de eso.

Para Karl Marx el Perú fue uno de los ejemplos en los cuales él investigó el modo de producción asiática, caracterizado desde tiempos de los Incas por el centralismo y el dirigismo. El orden colonial y su estructura mercantilista han permanecido en el Perú como el principal modo de organizar la economía. Ahora lo que anima un poco, hasta donde entiendo, el movimiento que lidera Vargas Llosa, no es la idea de fundar un orden democrático y capitalista, sino más bien hacerlo aparecer, porque está en el fondo de esa sociedad subyacente y por debajo de las estructuras oficiales.

David Gallagher y Mario Vargas Llosa se conocen hace poco más de veinte años. En esa época Vargas Llosa escribía *Conversación en la Catedral*, y David Gallagher se desempeñaba como profesor de Literatura de Oxford y como crítico literario del *Times Literary Supplement* y del *New York Review of Books*. En su libro *Modern Latinoamerican Literature* que publicó Oxford el año 1973, David Gallagher dedicó todo un capítulo a la obra de Vargas Llosa y desde entonces ha escrito acerca de él, de sus libros y de su personalidad. El último de estos artículos apareció anteayer en su columna habitual en *El Mercurio*. La idea de esta conversación es que no tenga una estructura definida de temas, sino que David y Mario Vargas Llosa conversen en forma suelta e informal.

Quisiera agradecer una vez más a Mario Vargas Llosa y a David Gallagher su presencia aquí, y en especial a los Vargas Llosa, él y su mujer, por el privilegio que significa que las últimas horas de estada en Chile las pasen con nosotros, muchas gracias.

David Gallagher:

Mario, yo quería partir con una de las cosas que quizás más interesa en Chile y que es, realmente, la relación entre toda tu obra literaria, de tan larga trayectoria y tu actuación política; para nosotros, bastante más novedosa. Hay en tus novelas, me parece, una visión de un mundo tremendamente complejo, en la práctica ingobernable y donde además existe, como lo señalaba Arturo, una percepción tremendamente crítica del poder. En varias ocasiones tú has dicho que el novelista siempre tiene que estar opuesto al poder, siempre tiene que criticar y estar descontento con el gobierno, cualquiera que sea. En cierto sentido, la transición a actor político, es casi como una transición de escritor a personaje mismo de novela. Es escoger una opción que, desde tu posición tan crítica de la realidad, tiene que haber sido

tremendamente difícil. Me pregunto, cómo se fue produciendo esta no transformación, porque yo creo que las dos cosas coexisten, sino que cómo se fue produciendo esta nueva dimensión tuya.

Mario Vargas Llosa:

La verdad es que llegar a ser candidato es algo que no lo planeé nunca; eso nació de una deliberación y de una decisión de tipo intelectual, aunque la verdad es que vinculado a la política sí he estado desde muy joven, pero desde una posición más bien intelectual, desde una posición, diríamos, excéntrica a lo que es la lucha por el poder. Han sido, más bien, las circunstancias, lo que ha estado ocurriendo en el Perú en los últimos años, lo que a mí me fue empujando de lo que era una participación en la vida política a distancia a través de artículos, conferencias, pronunciamientos, a lo que sería una militancia. Unas circunstancias que no fueron previstas por mí, ni por nadie en el Perú. Creo que el hecho decisivo realmente fue la movilización contra el intento del Presidente Alan García de estatizar el sistema financiero. Creo que ése es el punto fronterizo que a mí, sin que yo lo supiera en ese entonces, me catapultó a un tipo de actividad política de otra índole.

Yo participé de una manera muy activa en esta movilización. Yo recuerdo haber oído el discurso del Presidente Alan García en una playa en el norte del Perú, y haber dicho: “bueno, estamos perdidos, porque esta medida, va a ser recibida con gran entusiasmo por el grueso de los peruanos. Es una medida que se vende muy bien, es una medida muy populista; la expropiación a los banqueros, símbolo del privilegio, de la explotación a un país pobre, a un país explotado como el Perú va a entusiasmar a la gran mayoría”. Sin embargo, por supuesto, pensé que había que protestar, que había que hacer algo ante una medida que evidentemente tenía un riesgo gravísimo para el sistema democrático en el Perú. Entonces protesté, como lo hicieron otros peruanos y ante mí gran sorpresa, y creo que ante la gran sorpresa de todos los que protestamos, hubo una respuesta extraordinaria por parte del pueblo peruano y esto hizo posible esa movilización en la que, por las circunstancias, resulté yo asumiendo un papel de liderazgo. Y como había sido uno de los primeros que protestó, como encabezé un manifiesto que tuvo una gran adhesión, miles de personas de manera espontánea adhirieron a este manifiesto, publicaron anuncios; entonces resulté también de una manera impremeditada, presidiendo la manifestación que se decidió convocar, ya que había tanta respuesta, y luego como la manifestación tuvo una asistencia que jamás pudo prever ninguno de sus organizadores, es decir, yo desde luego o me lo creí. Yo no sé si hubiera subido a ese estrado

si hubiera sabido que iba a haber tanta gente en la Plaza San Martín. Todos nosotros nos quedamos realmente estupefactos al ver que la Plaza San Martín se repletó de gente, que había más de cien mil personas ahí reunidas, y que lo mismo ocurrió en Arequipa y en Piura, donde hicimos también manifestaciones. Todo esto convirtió a lo que habíamos creído –por lo menos había creído yo– que sería una protesta más bien intelectual de grupos minoritarios en una formidable movilización popular; esto hizo que naciera automáticamente la idea de dar alguna forma de permanencia a este movimiento, a esta movilización.

Así surgió la idea de una alianza de fuerzas democráticas, las que habían coincidido en la protesta, y también me encontré, yo si quererlo, en cierta forma protagonizando este esfuerzo de concertación de las fuerzas democráticas anticomunistas y antiapristas. Una vez que se produjo esta alianza y se constituyó o se gestó el principio del Frente Democrático, también las circunstancias fueron llevándome a mí a ocupar un papel de liderazgo. Desde luego llegó un momento en que tuve que decidir, pero cuando llegó ese momento estaba ya demasiado comprometido y, además, había comprometido yo a mucha gente en este esfuerzo como para dar marcha atrás. Hubiera sido muy deshonesto haber hecho tanta campaña para que la gente participara, se embarcara, militara y luego decir: bueno, ahora yo me regreso a mi escritorio a seguir escribiendo y ustedes sigan adelante.

Entonces, en realidad, ha sido de este modo. Ha sido más empujado por las circunstancias, que he aceptado un tipo de participación política que no pensé nunca tener. Creo que hay ciertas situaciones en la vida de un país en que es muy difícil, en que es imposible, mantener la neutralidad o, incluso, la elección de lo que debe ser la índole de la participación política. Es el caso evidentemente de una dictadura, es el caso de una guerra, de una ocupación, pero también es el caso de un país, del Perú, que está como al borde de un abismo. Cuenta por una parte con algo que es muy precioso, un sistema democrático, un sistema que permite a los países no solamente una coexistencia civilizada, sino también el desarrollo económico. Al Perú no le ha traído ningún desarrollo económico la democracia, pero evidentemente no por deficiencia de la democracia, sino por deficiencia de nuestros gobernantes que han sido incapaces de aprovechar ese atributo, esa posibilidad implícita a una democracia. La movilización contra la estatización de la banca abrió la posibilidad de darle a la democracia en el Perú un contenido también de tipo económico; entonces quienes hemos estado defendiendo esa posibilidad tenemos la obligación de hacer todo lo posible para que esa realidad no se desperdicie y no se frustre una vez más. Eso es, en pocas palabras, la razón por la que me encuentro haciendo lo que hago ahora.

David Gallagher:

Mario, me acuerdo que cuando tú empezaste a defender la banca privada en el Perú, hubo muchas reacciones –en Chile por lo menos– de este tipo: “Mario Vargas Llosa se ha convertido en derechista, está defendiendo a los banqueros como si eso fuera una posición de derecha”. En realidad, yo no encuentro que has cambiado en estos años y que tus preocupaciones vitales, viscerales son las mismas. Son la defensa de la justicia, la abolición eventual de la pobreza, etc. y lo que ha cambiado es tu percepción de los medios que llegan a esos fines. A lo mejor podrías explicar un poco ese punto, o sea, si tú te sientes de derecha, o de dónde te sientes en esa dicotomía, o si compartes una visión que, por lo menos, tengo yo de que liberalismo, o el libertarismo, o como queramos llamarlo, no tiene que ser necesariamente de derecha o de izquierda, sino que es un sistema de organización de sociedad que trasciende esa dicotomía.

Mario Vargas Llosa:

Déjame decirte primero que quienes salieron al comienzo a defender a los bancos no fueron los banqueros, sino los empleados de los bancos, los empleados de las compañías de seguros y de las financieras. Los banqueros fueron tomados totalmente de sorpresa por esta medida, y su primer instinto, su primera reacción, de por lo menos un gran número, fue ver cómo negociaban, ver en qué forma podían pactar algún acuerdo que impidiera la catástrofe que esto significaba para ellos. En cambio los empleados de los bancos o tuvieron ningún tipo de cálculo; ellos salieron a las calles. La primera manifestación que hay en el Perú al día siguiente del discurso de Alan García, es una que realizaron en Arequipa los empleados de los bancos, de las compañías de seguros, quienes se lanzan a la calle a protestar aterrorizados con la idea de pasar a ser funcionarios públicos, y eso no por una cuestión de principios ideológicos, sino porque la experiencia peruana muestra qué es lo que ha pasado con las empresas que el Estado capturó.

Un empleado de cualquier empresa privada sabe perfectamente bien qué es lo que pasó cuando el Estado capturó las compañías de harina de pescado, cuando se nacionalizaron trescientas empresas, en qué se convirtieron esas empresas. Ellos entendieron inmediatamente, por la experiencia peruana, que a partir de allí iba a entrar la inseguridad en su trabajo, que los puestos que tenía iban a ser, a partir de la estatización, determinados, distribuidos, en función exclusivamente de criterios políticos, de influencias políticas. Que esas empresas iban a entrar en un riesgo de deterioro inmediato, eso los llevó a movilizarse. Así, entonces, en el Perú la defensa de la propiedad privada, de la empresa privada fue más una defensa de los usuarios que

de los propietarios, eso es lo que explica la amplitud que tuvo. ¿Cuántos banqueros hay en el Perú? Nosotros llenamos plazas con ciento de miles de personas, por lo menos doscientas mil personas debieron salir a protestar, si es que no fueron más, y no hay doscientos mil banqueros en el Perú. Para que se llegue a doscientos mil personas en las plazas públicas del Perú, muchos pobres tienen que salir a las calles, porque el Perú es un país de pobres, es un país de gentes muy pobres.

Entonces yo sé que es muy difícil entender esto en el extranjero, porque se piensa que defender a los bancos es hacerlo a favor sólo de los poderosos, de los ricos. No hubo tal cosa. En el Perú fueron los pobres los que defendieron los bancos, defendieron algo que instintiva e intuitivamente sabían que representaba si no una realidad, por lo menos una posibilidad, un futuro para todos ellos. Eso es lo que a mí me llenó de esperanzas en el Perú. Un país en el que yo no tenía ya muchas esperanzas de recuperación. Hasta esta movilización yo pensaba que el Perú estaba orientado hacia una dirección que muy difícilmente iba a poder cambiar. Que ya había una cultura detrás nuestro, una cultura de tipo socializante, una cultura de tipo estatizante, colectivista, que impregnaba no solamente a los marxistas, a los comunistas, a los socialistas, sino también a los demócratas, a los conservadores, y que la sociedad peruana iba cada vez hacia peores formas de deterioro, porque éste era un proceso irreversible, y lo había demostrado Alan García de manera evidente. Alan García sube con un apoyo extraordinario de toda la sociedad peruana, como el hombre que iba a modernizar nuestro país. ¿Y qué pasa? Asume Alan García y ¿qué hace con el Perú? Lo precipita todavía muchísimo más en la dirección del estatismo, del colectivismo. Yo había perdido las esperanzas de lo que sería una recuperación del Perú gracias a políticas de libertad.

Cuando se produce esta experiencia de la movilización me quedé sorprendido primero, estupefacto, y después extraordinariamente entusiasmado, porque pensé que a pesar de toda la gravitación de esa tradición, de esa cultura del estatismo, había reservas en el pueblo peruano y fundamentalmente entre los pobres peruanos extraordinariamente vivas, que, debidamente estimuladas, podían convertirse en una gran fuerza de cambios en el Perú. Esa es la razón por la que he aceptado este papel, esta actividad, este compromiso para el que, profundamente, no tengo mucha vocación, ésa es la realidad.

Respecto de derecha-izquierda: desde que yo rompí con Cuba en 1970, soy atacado como un hombre de derecha, como un reaccionario, como un agente de los peores intereses. De tal manera, que ya he perdido, en cierta forma, el temor a ese tipo de etiquetas. Más reaccionario de lo que me

han dicho, o me pueden decir; yo tengo prácticamente todos los matices de ataques que puede dictar la izquierda: Agente de la CIA, militante de los “Moonies”, todo, es decir, aquí en Chile entiendo que se ha dicho que soy un agente del reverendo Moon. Ya me han dicho de todo, eso tiene una ventaja: que yo puedo funcionar sin temor a las etiquetas y a los *slogans*. De tal manera, que me digan que soy de derecha, no me importa. Creo que el problema no está en eso. Es cierto que no soy de izquierda en el sentido en que lo son en el Perú. La izquierda en el Perú es una izquierda hoy en día prácticamente antediluviana, es una izquierda que todavía cree en el socialismo, cree en el estatismo, cree que el Estado debe ser el gran protagonista de la vida económica, cree en nacionalizaciones. Esa es una forma de conservadurismo tenaz, perseverante, es una manera profunda de ser reaccionario hoy en día. Entonces si eso es ser de izquierda, yo no soy de izquierda, yo soy un hombre que cree en el progreso, cree en el cambio, yo estoy contra el *statu quo*; estoy contra el *establishment* en el Perú, yo quiero que el Perú cambie profundamente, cambie de raíz. Una persona de izquierda en el Perú no quiere nada de eso. Una persona de izquierda en el Perú quiere mantener justamente unas estructuras que están montadas allí y quiere profundizarlas.

Donde hay que matizar ahora es que existe una derecha en el Perú que es profundamente reaccionaria; una derecha que en eso está muy cerca de lo que es la izquierda; que no quiere cambios profundos, porque tiene casi el mismo terror biológico que tiene la izquierda a la libertad que nosotros tenemos. Hay una tradición mercantilista en el Perú que es muy fuerte, que en el sector económico es muy fuerte, porque tradicionalmente en el Perú el sector económico ha tenido que funcionar dentro de un sistema mercantilista, y uno de los efectos de mercantilismo, es que malea también a los empresarios; no sólo malea a los burócratas, a los políticos, sino a los empresarios. Los empresarios en el Perú saben, porque el sistema peruano se los ha enseñado así, a través de décadas, que la manera más segura de obtener el éxito económico, no es gracias a los consumidores, sino a los burócratas, al poder político, a las influencias políticas. Entonces su esfuerzo va por allí, conseguir esas influencias políticas, conseguir que el poder político les conceda prebendas, les conceda cierto tipo de privilegios, y eso ha maleado mucho a un sector empresarial.

Gracias a Alan García, que nos ha prestado una gran contribución, los empresarios en el Perú empiezan a entender que un sistema de esa naturaleza, es uno muy peligroso, es muy precario para un empresario. Es preferible que haya un sistema impersonal como lo es el de la libertad económica, el sistema de la economía de mercado. Si uno piensa con visión de

futuro, si no piensa simplemente en lo inmediato, y en el corto plazo, es mucho más seguro para un dueño de banco, o para el dueño de una empresa que su fracaso o su éxito no dependa del señor que está en el Ministerio, sino de los consumidores, es decir, fundamentalmente de su propio talento, de su propia eficiencia; la crisis, el gran fracaso económico de la democracia en el Perú está educando también a un sector del empresariado. Pero hay una derecha que sí representa esa forma tradicional, la de conservadurismo pertinaz, de cerrazón intelectual frente a lo que es verdaderamente el camino del progreso. Claro, yo no me siento en absoluto identificado con esa derecha, ni muchísimo menos. Que dentro de las fuerzas que hoy día me apoya haya un sector de esa índole no cabe ninguna duda, y yo sé que si nosotros llegamos al poder y empezamos a hacer las reformas que hay que realizar, ese sector va a tratar de impedir por todos los medios que esos intereses creados que ellos representan, se vean afectados, eso es así. Pero mi gran esperanza es que si nosotros llegamos al poder, no será por los votos de esos grupos que son muy minoritarios. Vamos a llegar por los votos del pueblo pobre peruano. Un pueblo pobre en el que yo sí creo y en el que las ideas de libertad gracias a fracasos tan terribles, como el fracaso de Alan García están arraigando, están abriéndose camino y está sí muy dispuesto, incluso ansioso de que se hagan esas reformas de apertura y de liberalización de la sociedad. Entonces yo creo que de ese sector va a venir la fuerza suficiente para poder oponerse a todo lo que sea intereses creados y resistencia al cambio.

David Gallagher:

Mario, ¿Consideras que en algún momento de tu vida, de tu trayectoria intelectual, tú mismo cambiaste tu posición de socialista a una más libertaria, o sientes que has estado siempre en la misma línea?

Mario Vargas Llosa:

Es un proceso largo, que al principio no fue intelectual, fue un proceso de desilusión con eso que llaman el socialismo real. Mi gran entusiasmo por el socialismo se manifestó cuando era universitario. Yo había estado un año e el partido comunista y luego me había apartado del partido comunista, pero por razones más literarias que ideológicas, por la repugnancia que a mí me producía el realismo socialista que era en esa época la doctrina estética del partido, entonces tenía muchísimas discusiones dentro de lo que era el partido comunista que había sobrevivido a la dictadura de Odría y eso me llevó a mí, creo que por la influencia de Sartre sobre todo, a romper con el partido comunista.

Pero luego vino la revolución cubana y la revolución cubana a mí, como a muchísimos latinoamericanos, me entusiasmó, me devolvió otra vez la confianza en el socialismo. Cuba parecía ese socialismo con libertad que creo que muchos de nosotros buscábamos; entonces allí otra vez yo volví a militar no a través de un partido, pero sí de una manera muy resuelta a favor del socialismo, a favor de Cuba; incluso llegué a creer que el modelo cubano de la revolución armada era el único que podía cambiar la situación en América Latina. Poco a poco, empecé a darme cuenta de que la realidad cubana no expresaba eso, que aquello en la realidad no era así, es decir, que había dentro de la revolución cubana muchos que contradecían esa visión, que era una visión bastante romántica, idílica.

Yo recuerdo, por ejemplo, lo que fue la primera confrontación que tuve, y que sin que llegara a ser pública, llegó a tener alguna publicidad, pero, en fin, muy relativa, la persecución a los homosexuales en Cuba. A mí me produjo un gran choque, porque yo había tenido amigos homosexuales cubanos en el mundo del teatro, en el mundo intelectual; esa persecución que fue muy cruda, muy brutal. A mí, y creo que a muchos que estábamos viajando continuamente a Cuba nos afectó, nos sorprendió, nos pareció que eso o se compadecía con esa visión de ese socialismo abierto, tolerante, y allí yo tuve no públicamente, pero sí internamente, discusiones y distancias.

Luego vino en Checoslovaquia lo que fue la “Primavera de Praga”, donde yo había estado en pleno proceso de democratización del socialismo, un proceso que era muy exaltante, porque lo protagonizaban obreros, intelectuales, y que, claramente, tenía un sesgo socialista, no un sesgo procapitalista. Entonces cuando se produce la intervención de los países del Pacto de Varsovia y Fidel apoya en un discurso público esta intervención, eso me produjo un verdadero trauma. Yo escribí un artículo que fue ya también otra etapa del distanciamiento con Cuba, el artículo *El Socialismo y los Tanques*, en el que expresaba “cómo es posible que Fidel apoye en el caso de Checoslovaquia aquello que en el caso de Cuba defiende, el derecho de un pequeño país a tener el modelo de sociedad que quiera, eso es lo que se está destruyendo en Checoslovaquia; con ese criterio, entonces, Estados Unidos puede entrar a Cuba también”.

Pero lo que fue definitivo, fue el “caso Padilla”. Creo que fue realmente la gota que colmó el vaso; es un caso que ustedes conocen, que fue ventilado por toda América Latina durante mucho tiempo, fue objeto de una polémica interminable y allí también un poco por las circunstancias, no por haberlo yo decidido, pasé a tener una especie de rol muy visible en lo que fue la protesta por el caso Padilla. Encabecé una de las listas de protesta, y porque escribí una carta abierta a Haydé Santa María, en fin.

Para mí esa ruptura fue muy importante, porque me devolvió la libertad interior, pues aunque creo que muchas cosas me habían permitido una independencia, todavía funcionaba dentro de unos esquemas. El esquema: “No hay que dar armas al enemigo”, “Hay un mal menor que hay que elegir, y el mal menor será siempre el socialismo”. Después de la ruptura con Cuba por el caso Padilla eso ya no fue posible, porque fui prácticamente puesto en la picota, una especie de ignominia contra mí, y eso me dio una independencia extraordinaria, ahora lo descubro, fue un periodo bastante difícil, pero descubro que esa polémica y el hecho de haber sido tan criticado, tan atacado por lo que fue mi actitud frente al caso Padilla me dio la posibilidad, a partir de entonces, de decir exactamente lo que yo pensaba, acertara o me equivocara. Paralelamente a ese proceso de desencanto, de ruptura con el socialismo, vino como complemento una valorización de algo que yo había despreciado profundamente: el sistema democrático; sistema muy mediocre seguramente, pero después del fracaso de lo que encarnaba la utopía, creo que empecé a descubrir que en política la mediocridad era preferible a la excelencia, si ésta estaba identificada con lo irreal, con lo inexistente. Creo que ese fue un proceso mucho más lento; descubrir que al final esas democracias mediocres habían creado si no las formas más decentes, por lo menos las menos indecentes de existencia.

Descubrir que en ningún país socialista, en ningún país, había visto yo lo que, por ejemplo, en Suecia, en Noruega, en Inglaterra. Con todas las deficiencias y todas las limitaciones no había verdaderamente comparación en lo que era una sociedad de coexistencia, una sociedad con posibilidades de verdadero progreso, una sociedad donde palabras como ley, como libertad, tenían verdaderamente un sentido. Fue un proceso lento, un proceso que me llevó a leer a gentes que antes yo no hubiera leído o que había leído con mucha desconfianza, como Raymond Aron y, después en un tiempo más moderno, quizás la experiencia para mí desde el punto de vista ideológico, más definitiva y enriquecedora es lo ocurrido en Inglaterra con Margaret Thatcher. Yo había vivido allí. Lo ocurrido en Inglaterra en estos diez años es algo que me ha marcado profundamente; yo creo que si ha habido una revolución moderna, realmente profunda en un país, es lo que ha ocurrido en Inglaterra en estos diez años; un país que, en cierta forma, había entrado en declinación, en una decadencia muy acentuada por razones bastante parecidas, guardando todas las distancias, a los países latinoamericanos. Por una especie de desmovilización de la sociedad civil ante un Estado que crecía, un Estado paternalista ante el cual se abdicaba para que resolviese todos los problemas. Eso iba creando una especie de anquilosamiento de la sociedad en su conjunto, y con Margaret Thatcher esto es violentamente

contradicho, dentro de los más estrictos cánones de la propia democracia; como esto, con grandes dificultades al principio, llega a producir una transformación muy profunda de la sociedad. A mí me ha impresionado mucho, es quizás, después de la revolución cubana el hecho político que para mí ha sido más instructivo y más transformador, eso me llevó a creerles a los filósofos liberales, a los economistas liberales, a quienes yo antes no conocía, desconocía, y creo que de eso resultan más o menos las cosas que pienso ahora.

De todas maneras, es una evolución que no es una conversión en el sentido religioso de la palabra, yo sé que ahora no se deben tener certezas absolutas en política, se deben tener certezas absolutas de tipo estético, eso me parece perfectamente legítimo, pero que uno no puede ser fanático en cuestiones estéticas, eso es perfectamente lícito, porque la oración necesita un cierto grado de fanatismo; pero que en política es mucho más sano tener certidumbres relativas, si es que no hay una contradicción en ambos términos. Convicciones que deben estar siempre dispuestas a ser revisadas si no pasan la prueba de la realidad.

David Gallagher:

Ojalá volvamos a las certezas estéticas después, lo que te quería preguntar antes de eso. Una de las grandes críticas que se hace a la revolución de la señora Thatcher y que se hace a la sociedad –digamos– abierta, libre, como se quiera llamar la sociedad basada en una economía de mercado, democrática, capitalista, es que es una sociedad sin alma. Tú te hiciste un poco eco, no sé, uno nunca sabe con una entrevista si hay declaraciones fuera de contexto o no, pero en una entrevista publicada la semana pasada, mostraste una cierta nostalgia por una trascendencia que habría en sociedades más totalitarias que en sociedades más abiertas. A mí me parece personalmente que las sociedades totalitarias tienen una trascendencia un poco forzada, que es una retórica que se va creando a través de una máquina propagandística del Estado y que en las sociedades más abiertas y libres cada individuo o grupo de individuos va encontrando su propia trascendencia, su propio camino espiritual, cultural, estético; entonces yo como que no me convenzo mucho con esta crítica que se hace de las sociedades abiertas desde el punto de vista espiritual o moral; quisiera saber un poco dónde te sitúas en ese campo, campo que es muy discutido.

Mario Vargas Llosa:

Yo creo que la experiencia nos muestra que el capitalismo trae el desarrollo económico. El socialismo es incapaz de traer el desarrollo econó-

mico. El socialismo fracasa en lo que se refiere al progreso material y económico. No hay un solo caso en que el socialismo haya traído verdaderamente desarrollo económico a los pueblos. El capitalismo sí trae desarrollo económico, no hay ninguna duda. Es un sistema que permite un desarrollo de la productividad, de la energía productiva de una sociedad. Ahora al mismo tiempo yo creo que también es evidente que la sociedad industrial moderna que resulta del capitalismo, es una sociedad en la que hay un proceso de deshumanización muy acentuado. La vida se deshumaniza, se crea un tipo de individualismo muy cerrado; hay un vacío de tipo espiritual que se produce en estas sociedades, no hay ejemplos en contrario. Hay un vacío que se trata de llenar muchas veces de maneras muy aberrantes, muy extravagantes, desaparecen las religiones, pero surgen los cultos; surge la cultura de la droga, por ejemplo, que también es una forma curiosa, aberrante si se quiere, de espiritualidad. Entonces esto es congénito al desarrollo capitalista al parecer, por lo menos eso es lo que nos muestra la experiencia contemporánea; eso no debería llevarnos a rehusar al capitalismo, si nosotros queremos desarrollo económico, el capitalismo es indispensable. Para una persona como yo, de un país como el Perú, el desarrollo económico es absolutamente indispensable, porque el Perú es un país donde los peruanos son cada día más pobres, cada día hay más hambre, donde cada día hay más desocupación y eso resulta de prácticas de tipo socialista, de tipo colectivista, de tipo estatista.

Si nosotros queremos verdaderamente combatir de una manera eficaz el problema número uno de un país como el Perú, necesitamos un desarrollo de tipo capitalista, no hay alternativas. El socialismo no nos va a resolver ese problema, nos lo va a acentuar, eso es obvio. Si nosotros tenemos ojos para ver lo que es la experiencia histórica, al mismo tiempo creo que deberíamos hacer todo lo posible para aprovechar la experiencia de las sociedades capitalistas modernas, donde se han producido junto con el desarrollo económico esos procesos de enfriamiento de las relaciones humanas y de institucionalización del egoísmo. Creo que la manera como se puede combatir, amortiguar ese peligro es mediante la cultura, creo que ésa es una de las funciones de la cultura. La cultura puede llenar ese vacío, debe haber junto con el desarrollo puramente industrial un desarrollo de tipo cultural, actividades culturales muy ricas, muy intensas, que impregnen toda la vida social, que, de alguna manera, vayan llenando ese vacío que surge junto con el individualismo, que la sociedad capitalista acrecienta.

Y, por supuesto, también formas de espiritualidades, es decir, que haya una vida espiritual dentro de la sociedad. Las religiones, la fe, la creencia, eso indudablemente, en términos estrictamente sociales porque yo no

soy creyente, creo que tienen una razón de ser; hay una razón de ser y entonces si eso desaparece, indudablemente surgen problemas, que son muy serios, a los cuales se ven enfrentados hoy día las sociedades más modernas, las más avanzadas, que son las sociedades capitalistas.

David Gallagher:

¿Qué puede hacer el Estado en eso, Mario? En la misma entrevista hablaste muy de paso de un papel subsidiario que podría tener el Estado en este campo. ¿Cuál sería, por ejemplo, en un gobierno tuyo el papel del Ministerio de Cultura, ¿existiría un Ministerio de Cultura?

Mario Vargas Llosa:

No, de ninguna manera. Un principio fundamental de la cultura democrática es el principio de la igualdad de oportunidades, es decir, un Estado debe no sólo permitir que la iniciativa pueda desplegarse libremente, sino que debe haber igualdad de oportunidades. No libertad de llegada, pero sí igualdad de partida. Todos deben tener acceso a la educación, acceso al mercado, un acceso genuino al mercado, y eso requiere ciertos coeficientes de información, de formación, y ésta es una actividad de la cual el Estado es en buena parte responsable, no digo únicamente, pero sí, en buena parte responsable en países como el Perú, donde la igualdad de oportunidades es algo totalmente inexistente, dadas las inmensas diferencias económicas, sociales, culturales que existen; entonces en ese aspecto sí me parece perfectamente justificado que el Estado intervenga e invierta. Esto debe ser un aspecto considerado prioritario de la inversión pública. La cultura tiene que llegar a aquellos que están hoy día marginados de la vida cultural por las condiciones que tiene el país.

Lo que eso no debe, en ningún caso, es convertirse en dirigismo y por eso es muy importante que no haya Ministerio de Cultura, que no haya Ministros de Cultura, porque todo eso se burocratiza y prostituye, es decir, eso pasa a ser una forma de intervención no debe haber ningún tipo de intervención, aunque el Estado sí debe crear las condiciones para que se pueda desplegar la iniciativa cultural de las personas, la creatividad de las personas. Esto, algunos países democráticos, creo, lo han demostrado de una manera muy eficiente, muy eficaz: invertir, estimular, participar, pero sin dirigir; de ninguna manera expropiar lo que es la libre iniciativa de los individuos, que en el campo del arte, es tanto o más importante que en el campo económico.

David Gallagher:

¿Por qué crees tú que en todo esto, en general los escritores, los intelectuales, han tendido y tienden, aun ahora en el caso de Inglaterra por ejemplo —es un caso bastante notorio—, a estar en contra de estos experimentos, de estas revoluciones libertarias. En Inglaterra, como tú sabes, los grandes ataques contra la señora Thatcher provienen de las Universidades de Oxford, de Cambridge, no solamente de los economistas que tienden a ser socialistas ahí, sino de filósofos, de antropólogos; prácticamente en todas las disciplinas hay un rechazo al gobierno de la señora Thatcher; también, creo, hubo, quizás en un grado un poco menor, en los Estados Unidos en el caso de Reagan. ¿A qué se debe esta distancia entre los intelectuales y las iniciativas libertarias?

Mario Vargas Llosa:

Porque a diferencia del socialismo, el capitalismo jamás ha generado una mística; el capitalismo ocurrió, vino allí como resultado de procesos que nunca estuvieron precedidos por la visión utópica, a diferencia del socialismo. El capitalismo resultó. Fue una creación de la sociedad. Fue una creación de los individuos, a diferencia del socialismo, que fue primero una visión utópica, fue primero un sueño, una fantasía, una ficción que luego se trató de arraigar, encarnar.

Los intelectuales, los artistas, tienen una resistencia que proviene de una tradición cultural muy fuerte, quizás de la condición misma del artista que es la condición del soñador, del hombre que quiere trascender los límites de la realidad, ir más allá que es lo típicamente humano por otra parte. Pues el capitalismo no es eso, el capitalismo está dentro de los límites de lo humano. El capitalismo es una expresión de la limitación y mediocridad humana, a diferencia del socialismo. El socialismo expresa lo mejor que hay, es dimensión de sueño, de utopía, de trascender los límites del ser humano y eso es profundamente afín a la naturaleza del artista, ¿qué es lo que quiere un poeta? ¿qué es lo que quiere un novelista?, no quiere esta realidad, quiere trascenderla, quiere ir más allá, quiere sustituirla, quiere cambiarla por una realidad que sale de su fantasía, de sus deseos, que la realidad real no puede llegar a aplacarla. Entonces ¿cómo van a aceptar el capitalismo?; es difícil; hay una resistencia a la mediocridad del humano. ¿Qué es el capitalismo? Si la vida fuera sólo eso, pues yo también supongo que habría que rechazarlo. Lo que tendría que hacer el escritor, el intelectual, y algunos ya lo están haciendo, es aceptar que en ese dominio específico, que es el dominio de lo social, hay que aceptar la mediocridad, hay que resignarse a la mediocridad, porque la mediocridad es lo único que nos ha traído progre-

so. Qué es elegir la excelencia; elegir la excelencia es, en última instancia, elegir la barbarie, elegir la violencia, es decir, la utopía que es tan hermosa, la utopía que es tan profundamente humana, porque sólo el hombre puede concebir utopías, en términos sociales y políticos sólo nos han traído barbarie. La utopía nunca ha traído progreso. Detrás de la utopía hay muchedumbres de cadáveres, muchedumbres de torturados, todos los derrotados en las guerras religiosas, todos los asesinados y purgados y enviados a los campos de concentración en las revoluciones; lo estamos viendo hoy día en Irán ¿Qué ha traído al pueblo iraní, es decir, esa materialización de la utopía en la que un país entero se embarca, se compromete con un extraordinario heroísmo? ¿Qué le trae? Millones de muertos, la destrucción de una economía que podría ser acaso la más próspera del mundo; entonces hay que aceptar ese mandato de la realidad. Eso en términos sociales, políticos y económicos no sirve, eso sólo ha traído más sufrimiento al ser humano.

La utopía hay que volcarla donde es beneficiosa. En literatura la utopía no ha traído cosas hermosísimas y nos ha enriquecido. La utopía en el campo artístico; no hay ninguna duda, que allí la utopía es enormemente beneficiosa, y en lo estrictamente individual, la utopía es perfectamente legítima. Un individuo puede perfectamente trazarse como límite la excelencia y organizar su vida en función de la excelencia, aunque ello le signifique estrellarse contra la realidad, en términos individuales, eso es perfectamente legítimo. Un individuo puede proponerse un modelo de vida, un trapense; es perfectamente legítimo elegir ser trapense. A mí, por ejemplo, me ha conmovido leer a Thomas Merton sin ser creyente, sin ser religioso. Thomas Merton es un escritor que a mí me conmueve profundamente porque allí está el caso de un hombre que decide materializar una utopía. Destruir instintos que son tan fuertes, tan profundos en el ser humano, y organizar su vida a base de una represión sistemática, en nombre de una espiritualidad. Como individuo eso lo respeto y lo admiro y me conmueve profundamente.

Ahora, algo así en términos sociales es, pues, monstruoso, es decir, eso sólo se consigue mediante el asesinato, mediante el crimen, la tortura. Yo creo que esa es la razón por la que intelectuales ingleses odian a la señora Margaret Thatcher, pues les demuestran que hay unos límites en la realidad, que no pueden ser desbordados y que quien acepta el realismo, es decir, opta por la mediocridad en lo social, puede tener éxito, puede tener realmente un éxito que no tienen jamás los profesores de utopía.

Creo que en América Latina pasó algo parecido, con un elemento añadido, y es que el intelectual en América Latina se enfrenta a un panorama que es trágico. Un panorama de hambre, de explotación, de discriminación terrible. Y entonces existe la creencia convencional, totalmente falsa

por lo demás, pero es una creencia convencional muy arraigada, de que eso es el capitalismo, de que cosas como las que tenemos en el Perú es el capitalismo. Ello no es así, lo que existe es una versión completamente caricatural, prostituida de lo que es el capitalismo. Entonces la idea de defender un modelo capitalista, le sugiere defender lo existente, defender el *establishment*. Lo curioso es que en América Latina, en buena parte, la realidad ha pasado a ser ya más socialista que capitalista. Tenemos Estados que son sobredimensionados, tenemos prácticas intervencionistas, tenemos unos sistemas de controles que han creado las bases no de una sociedad capitalista, sino las bases realmente del socialismo. Socialismo que no tiene ese nombre, que no se reivindica a sí mismo, pero que en la práctica es eso. Curiosamente hay esa confusión en el mundo intelectual, es decir, aceptar la idea del capitalismo es aceptar lo existente, cuando es exactamente lo contrario, lo que no tienen nuestros países es una genuina economía liberal; una genuina economía capitalista de libertad de mercado, de libre competencia, de Estados no interventores, Estados garantes de un sistema de equidad para todos los particulares, pero creo que esa es una dicotomía que no se resolverá nunca. Y en cierto sentido, quizás es bueno que no se resuelva, es decir, es muy importante que la sociedad capitalista tenga esos contestadores en su seno permanentemente recordándole que es mediocre, que es ilimitada, que a pesar de todos sus logros materiales, que pueden llegar a ser muy grandes, siempre estará por debajo de las necesidades, de los deseos humanos. Entonces no es malo que los intelectuales, que los artistas sean unos críticos constantes del *establishment*, de lo que existe, en el papel de críticos, en el papel de contestadores de lo existente, creo que es legítimo que defiendan la utopía; lo peligroso es que eso se convierta en poder.

David Gallagher:

Mario, volvamos a esas certezas estéticas que parecieron tan interesantes. El otro día nuestro amigo Jorge Edwards publicó un artículo en que él se definía como proustiano por ahí por el año 50, lo que decía, rechazabas con una insistencia feroz; tú eras absolutamente flaubertiano. ¿Has escrito mucho sobre Flaubert? Nos gustaría oír de dónde viene tu rechazo a Proust, o ¿por qué tu rechazo a Proust? o si, a lo mejor, ¿ha cambiado eso?

Mario Vargas Llosa:

Yo creo que así en términos políticos se debe ser totalmente, transigente, aceptar que todas las verdades son relativas, creo que en literatura uno tiene derecho a ser completamente arbitrario, tiene derecho a ser intran-

sigente, a decir esto es bueno, esto es malo, esto es feo, esto es bonito; creo que ése es un derecho de la diversidad humana; por lo menos, yo en literatura reacciono, antes que racionalmente, irracionalmente. Si un autor me apasiona, me excita, me estimula, me conmueve, pues ese autor me gusta. Y si otro es incapaz de producirme esos estados de ánimo, aunque racionalmente acepte que es muy inteligente, un extraordinario prosista, yo tengo derecho a preferir al otro autor que tiene que ver muchos más con mi intimidad, con mis demonios personales, creo que en eso, pues, hay una extraordinaria diversidad.

Proust no me gustaba, porque me aburría, es decir, yo me aburría; reconozco que la lectura de ciertas páginas de Proust es hipnótica, tienen una riqueza extraordinaria, que hay allí una vibración de lenguaje, una sensibilidad. Ahora la lectura sostenida de ese mundo, a mí me resulta tedioso. La figura de Proust no es una figura que a mí me entusiasme. La idea del escritor encerrado en un cuarto escarbando solamente su memoria, me produce cierto horror; yo estoy mucho más identificado con el escritor que está sumergido, sumido en la vida activa, curioso, poroso a todo tipo de excitaciones, estímulos. Tiene que ver con mi naturaleza, seguramente con mis frustraciones, con mis perversiones, creo que la literatura satisface y alimenta todo eso en los individuos; entonces, yo creo que uno tiene derecho a equivocarse, a ser intransigente y hasta fanático en literatura, en música, en pintura. Creo que en eso uno no hace daño a nadie siendo arbitrario.

Ahora Flaubert, ¿por qué me gusta Flaubert? Bueno, creo que porque es un gran escritor, pero además, porque es un escritor que a mí me ha conmovido mucho, es un escritor que yo he releído, que en cada relectura siempre he encontrado algo que antes no había percibido, algo que no había visto. Su caso, así como el de Proust me aterra, me conmueve mucho, su ineptitud inicial, su falta de talento, esas cosas tan malas que escribió, esas cosas tan retóricas. Y como poco a poco, a base de convicción, de una perseverancia, de una vocación que se enfrentaba a su propia ineptitud fue construyéndose un talento, para mí eso es algo muy estimulante, porque yo también, de chico, pasé por unas inmensas dificultades para poder escribir y estaba muy consciente de mi propia ineptitud, de esa falta de facilidad que tenía para escribir. Entonces descubrir a Flaubert, descubrir la correspondencia de Flaubert, ver allí cómo él construyó su talento a base, realmente, de terquedad y de amor a su vocación, pues resultó extraordinariamente útil en mi vida de escritor, ¡cómo no le voy a tener un enorme cariño y una gran gratitud a Flaubert!

David Gallagher:

Mario, tú has escrito novelas, que yo sepa no has escrito poesía.

Mario Vargas Llosa:

Escribí, pero desde chico y lo peor es que, incluso, llegué a publicarla.

David Gallagher:

Hay varios poetas aquí esta tarde. ¿Qué pasa contigo con la poesía?
¿Te gusta o no te gusta?

Mario Vargas Llosa:

La poesía me gusta; lo que pasa es que yo escribía poesía muy mala, era una poesía toda imitada. Ahora la veo con un cierto espíritu deportivo, pero durante muchos años tenía una vergüenza, que era casi biológica, por los poemas que había escrito, y pasaba muy malos ratos cuando algún crítico me resucitaba poemas de infancia. No, la poesía me gusta mucho y desde luego que la leo, pero allí creo yo que en ese género vale algo que, creo, dijo Borges que “en poesía sólo se admite la excelencia”. Creo que la poesía tiene que ser buena, no puede ser “algo bueno”, porque si es algo buena, ya es muy mala, a diferencia de lo que ocurre con la novela que es un género impuro. La novela es un género que está compuesto de tantas cosas, que puede no ser excelente y ser una buena novela. Puede ser una novela interesante, puede ser una novela rica; en cambio, creo que esa exigencia de absoluto que tiene la poesía, es lo que a mí me disuadió y me alejó de ella cuando era bastante joven. Ahora yo he aprendido que no se debe decir nunca “de esta agua no beberé”, porque ya veremos lo que puede pasar.

Un articulista que no me quiere mucho decía burlándose de mi actividad política: “A éste lo único que le falta es ser poeta y maricón”.

David Gallagher:

Mario, cuando tú seas Presidente te va a tocar el quinto centenario del descubrimiento de América. ¿Cómo vas a celebrar ese acontecimiento?

Mario Vargas Llosa:

Me temo que vamos a tener tan pocos recursos que vamos a tener que celebrarlo muy austeramente. Bueno, el quinto centenario va a dar origen a muchos discursos. Va a haber efusiones retóricas en todo el mundo hispánico, interminables, pero me temo mucho que buena parte de la celebración se quede en las efusiones retóricas. Me temo que en América Latina resuciten viejas controversias totalmente apolilladas como las del indigenis-

mo y el hispanismo. Que comiencen a cobrarse cuentas a los conquistadores por las destrucciones y asesinatos y que se pierda la oportunidad para algo que debiera ser una celebración creativa, por ejemplo, la lucha contra los nacionalismos en América Latina que es una de las batallas que todavía hay que librar. Los nacionalismos en América Latina son todavía importantes. Todas las ideologías desde la derecha hasta la izquierda participa de alguna manera de la tarea nacionalista. Ese es un tema que se toca, pero con mucha prudencia y difícilmente hay un combate realmente frontal contra el nacionalismo que yo creo que es una tara que nosotros tenemos que combatir si queremos salir de veras del subdesarrollo. Porque aun desarrollando nuestras economías, estableciendo verdaderamente sociedades abiertas, vamos a quedar bastante desfasados del resto del mundo si no entramos en unos procesos de integración que sean muy profundos. Y esos procesos creo que son todavía totalmente incompatibles con la cultura nacionalista que está muy arraigada en todos nuestros países en todos los niveles de la sociedad. Entonces el quinto centenario debería servir para recordar que nuestras nacionalidades son en gran parte ficticias, que son artificiales, hechizas, creadas por burócratas que no responden en absoluto a lo que son las tradiciones profundas, las realidades profundas de América Latina, ni las del pasado, ni las del presente, que es un presente en el que el nacionalismo como idea, como cultura está totalmente contradicho por la realidad. El quinto centenario debería servir para eso en América Latina: por lo menos para dar una batalla contra el nacionalismo, para dar una gran movilización continental a la idea de la integración, de la disolución de las fronteras. Pero me temo mucho que como la celebración pasa por gobiernos, es decir, pasa por el poder político; el poder político va a aprovechar esto, sobre todo, para las grandes ceremonias de autoelogio que es lo que lo caracteriza. Entonces me temo mucho que no pase nada realmente importante, fuera de los discursos con motivo del quinto centenario.

David Gallagher:

Hablando de América Latina en general, da la impresión de que muchos países van en camino, en un buen camino, en el sentido de que hay una reacción contra el estatismo excesivo, contra el colectivismo. Estamos viendo el fenómeno tuyo en Perú, el más notable, pero aparentemente también en Brasil hay algo de eso, hasta en Argentina parece que el peronismo está sufriendo alguna renovación positiva en ese aspecto. Mario, tú llevas cuatro días en Chile; viendo la situación chilena actual, ¿dónde nos colocas en estos caminos? Vamos en caminos inversos, ¿qué has visto en los últimos cuatro días?

Mario Vargas Llosa:

Cuatro días es una visión necesariamente muy rápida para ver qué es lo que me ha impresionado más en Chile. Por una parte, creo que el proceso de democratización aparece como algo irreversible; eso yo no lo tenía tan claro hasta antes de venir a Chile. Tengo la impresión de que éste es un proceso, diría, irreversible, es decir, que cuenta con una fuerza de arrastre tal que ningún acontecimiento podría ya frenarlo. Y por otra parte, algo que me ha impresionado todavía más, es la extraordinaria armonía con que se está llevando este proceso de democratización. En mesas redondas a las que he asistido, en diálogos que he tenido con chilenos, prácticamente de todas las tendencias, de todos los matices políticos, he visto algo que me recuerda mucho a España, a la España en el proceso de transición; una conciencia clara de que es muy importante que nada venga a perturbar, a poner en peligro el proceso de la democratización, es decir, que haya consenso de esa índole, a mí me parece extraordinariamente importante. Creo que Chile, que en un sentido ha sufrido mucho en estos años, porque ha tenido un régimen dictatorial, terribles abusos a los derechos humanos, todo lo que sabemos, la experiencia negativa de la dictadura le ha traído también algo que es muy positivo en América Latina: un desarrollo económico muy notable gracias a una apertura en el sentido de la libertad, en el sentido de la libertad económica. Eso ha hecho que Chile hoy día sea una especie de botón de muestra en América Latina. Yo no sabía si todos los chilenos estaban suficientemente conscientes de eso, porque es muy difícil serlo cuando se está sumergido dentro de una situación como la chilena, que, desde el punto de vista político, era incluso tan difícil y tan dramática.

Pero fuera de Chile, en América Latina se vive al mismo tiempo que las libertades políticas inéditas para muchas sociedades, procesos de empobrecimiento económico y social que son terribles; que en algunos países, como el mío, están llevando verdaderamente a la barbarización de nuestras sociedades, por lo que significan caídas de niveles de vida, desaparición de los puestos de trabajo, desconfianza hacia el país de las elites, que fugan, que migran, que sacan sus capitales, desesperación de los jóvenes que ven su porvenir completamente embotellado por la crisis económica; con todas las limitaciones que, seguramente, tiene la economía chilena es dentro de ese contexto, una excepción a la regla y una excepción muy ejemplar.

Yo tengo la impresión de que el grueso de la ciudadanía chilena está consciente de esta situación, en cierta forma de privilegio, en lo económico, que tiene Chile, y que está muy consciente de que eso no debe ser destruido, que la democratización política no debe deteriorar, destruir algo que sí es un logro importante. Yo no creo que “gracias a” sino “a pesar de” la

dictadura. Eso a mí me ha impresionado muy bien, porque como digo, veo algo que me parece muy similar a lo que ha ocurrido en España y qué más quisiéramos los latinoamericanos que en Chile se diera un caso como el de España, una democratización que no trae deterioro económico, sino que, al contrario, impulsa el desarrollo, el progreso y la modernización. También, por supuesto, he tenido ocasión de experimentar, una vez más, lo que es la hospitalidad chilena, el cariño de los chilenos.

David Gallagher:

Mario, tú tienes que tomar un avión pronto, quisiera que nos dejaras una visión de cómo vas a convivir durante estos próximos cinco años, suponiendo que vas a ganar estas elecciones sin ningún problema.

Mario Vargas Llosa:

Sin ningún problema, eres un utópico. Podemos ganar, pero en todo caso será con muchos problemas.

David Gallagher:

Cómo va a convivir este escritor despiadadamente crítico del poder, de la realidad, ¿cómo va el escritor a fiscalizar al protagonista?, ¿cómo lo va a criticar?, ¿cómo se van a relacionar entre sí?

Mario Vargas Llosa:

Bueno, como perro y gato. Es una coexistencia muy difícil la del escritor y la del político. Son actividades que íntimamente se repelen; sobre eso, no hay ninguna duda. El escritor es un hombre que trabaja en soledad, es enteramente dueño de sus actos, de todo lo que hace, a diferencia del político que trabaja inmerso en un entrevero de gentes, que tiene que aceptar la política del mal menor permanentemente, sabiendo además que puede equivocarse en lo que es la identificación del mal menor. En cambio, un escritor trabaja con otro condicionamiento psicológico. Allí realmente no hay límites, uno se puede fijar los topes que quiera, depende sólo de sí mismo. La racionalidad, por ejemplo, es una cosa que yo estoy convencido debe primar en la actividad política, uno debe moverse en un mundo racional, en un mundo de ideas y debe reprimir todo lo que es pasión, instinto. En cambio en la literatura el instinto, la pasión, los bajos fondos de la personalidad juegan un papel fundamental, son realmente la materia prima sobre la que uno trabaja. Entonces creo que es muy difícil congeniar ambas cosas. Ahora, mi desconfianza hacia el poder, de ninguna manera ha disminuido; ahora que estoy haciendo política y verifico diariamente cómo todos esos

bajos fondos afloran de una manera incontenible en la vida política, porque tienen que ver con el poder y el poder tiene esa virtud: saca lo peor que hay en el ser humano, eso es indiscutible. Entonces a mí me confirma absolutamente el hacer política, mi desconfianza hacia el poder, mi convicción que del poder nace lo peor. Creo que por eso he llegado yo al liberalismo. Si hay un sistema de desconfianza institucionalizado hacia el poder, es el liberalismo. El liberalismo cree que el poder es un peligro y que por eso el poder debe ser diluido, dispersado, pulverizado en la sociedad, por eso yo creo profundamente que la mejor defensa que tienen los hombres contra ese peligro para el individuo, para el sueño y la fantasía del individuo es diluir, dispersar el poder, convertir el poder en algo que está tan diluido en una sociedad que nadie, ningún grupo, ningún partido puede realmente subordinar todos los otros a su capricho, a su voluntad. La sociedad democrática es la única que ha llegado a acercarse a este ideal, algo, le queda mucho y creo que le quedará siempre mucho para conseguirlo. Pero una sociedad genuinamente democrática es una sociedad donde uno está menos expuesto que en otras a las brutalidades del poder, a la corrupción del poder, a las suciedades del poder. Nunca vamos a poder acabar con la suciedad, con la brutalidad congénita al poder, eso está allí, eso forma parte del poder. Un hombre tiene atributos o facultad para mandar a los demás y algo sucio, algo sucio aflora en él, es una cosa irremediable. Y ese cargo despierta codicias, ambiciones, que hacen que lo sucio que hay en los otros hombres también aflore. Para mí la única manera de defenderse contra eso es que quien manda, quien gobierna, quien tiene autoridad sólo esté confinado a un cierto espacio muy limitado en el que pueden ejercer esa autoridad y ese poder. Y eso es la sociedad democrática y, dentro de la sociedad democrática, la sociedad liberal es la que ha llevado verdaderamente a la pulverización mayor del poder. Por eso, al hablar de libertad yo hablo fundamentalmente de eso, yo quiero si llego al poder justamente luchar porque en mi país ocurra eso, para que ese poder que hoy día está confinado en unos focos tan limitados y tan estrictos empiece verdaderamente a descentralizarse en toda la sociedad, y que de alguna manera todos los peruanos puedan llegar a participar del poder, de modo que empiece, por fin, a retroceder, a desaparecer lo que es explotación, discriminación, brutalidad, atropello, algo que forma tradicionalmente parte de la experiencia peruana. No sé si lo conseguiré, pero por lo menos la idea la tengo clara, la idea de que el poder significa eso, y que la única manera de combatir eso es diluyendo, dispersando el poder en la sociedad, y que en eso los pensadores liberales son los que han ido más lejos en lo que es la defensa del individuo frente al monstruo moderno que es el poder.

David Gallagher:

Mario, me parece que con esa expresión de convicciones liberales, que muchos de nosotros compartimos aquí vamos a tener que terminar esta ocasión que, yo creo, ha sido realmente memorable para todos los aquí presentes. Quiero en el nombre del CEP y de todos los que aquí estamos, agradecerte una hora magnífica, que no vamos a olvidar. □